

**ESPAÑA EN LA ENCRUCIJADA.
EL ARRANQUE DE LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA CONTEMPLADO DESDE LAS
PÁGINAS DEL *NEW YORK TIMES***

**Misael Arturo López Zapico
Universidad de Oviedo**

El objetivo primordial de la presente comunicación es analizar la cobertura informativa ofrecida por la prensa escrita norteamericana –en concreto por una de sus cabeceras más emblemáticas, *The New York Times*– respecto al proceso de transición española a la democracia. A través del estudio de sus editoriales, sus artículos de opinión y las crónicas enviadas por los corresponsales desplazados en nuestro país, seremos capaces de reconstruir la imagen que España proyectaba hacia el exterior y, sobre todo, percibir cuál era la opinión del rotativo estadounidense acerca del progresivo cambio político que comenzaba su andadura durante los últimos coletazos del tardofranquismo. El propósito marcado nos obligaría, en principio, a ofrecer al lector un estudio de doble vertiente, pues si bien se trata de un transformación política de corte eminentemente interno existe una dimensión internacional insoslayable, tal y como han puesto de manifiesto destacados investigadores de este periodo¹. El contexto internacional se convierte en un factor aún más influyente si tenemos en cuenta los lazos bilaterales que unían a España y Estados Unidos, un estrecho vínculo que cimentaba una relación muy peculiar entre ambas naciones y donde el peso de la lógica geoestratégica va a primar sobre cualquier otro tipo de consideraciones². Sin embargo, queda lejos del propósito de esta comunicación diseccionar esta vinculación y el modo en que se articula por lo que, a efectos prácticos, el tratamiento de la cuestión va a quedar anclado preferentemente en una sola dirección, la que hace referencia a las percepciones norteamericanas sobre la realidad española. Percepciones a veces íntimamente dislocadas por la propia política partidista estadounidense pero que en ningún caso distorsionan el valor de las fuentes, que se revelan útiles en extremo para conocer de primera mano los objetivos y preocupaciones tanto del gobierno como de las elites intelectuales americanas. Hago esta acotación pues los estudios realizados sobre la trayectoria del *New York Times* han revelado no sólo la importancia de esta cabecera como creadora de opinión sino la existencia de una verdadera retroalimentación

¹ Véase POWELL, C.: «La dimensión exterior de la transición española», en *Afers Internacionals*, nº 26 (1993), pp.37-64; PEREIRA, J. C.: «Transición y política exterior: El nuevo reto de la historiografía española», en *Ayer*, nº 42 (2001), pp. 97-123; LEMUS, E.: *En Hamellin... La Transición Española más allá de la Frontera*, Oviedo, Septem ediciones, 2001 y SARTORIUS, N. y SABIO, A.: *El final de la dictadura*, Madrid, Temas de Hoy, 2007.

² A este respecto la obra más completa es sin duda la realizada por VIÑAS, A.: *En las garras del águila. Los pactos con EE.UU. De Francisco Franco a Felipe González*, Barcelona, Crítica, 2003.

argumentantiva – siendo esta de mayor o menor intensidad según el equipo político instalado en la Casa Blanca – entre este periódico y los centros de poder del país. En resumen, podría interpretarse esta última afirmación como una suerte de reactualización de los célebres versos machadianos que el poeta sevillano dedicó a Ortega y Gasset: “el ojo que ves no es ojo porque tú lo veas; es ojo porque te ve”. Y es que la tesis que mantenemos a lo largo esta comunicación se basa en que la información publicada en el *Times* acerca de la España de la transición, así como el análisis que hace de la situación, no estaba orientada tanto para informar a sus lectores –por descontado no negamos esta función – sino que buscaba actuar como una especie de *think-tank* que ofreciera al Gobierno norteamericano claves precisas sobre las que debería sustentarse su política hacia nuestro país. El periódico neoyorquino va a apostar desde muy pronto, de un modo indisimulado, por favorecer un cambio tranquilo en España que evitara situaciones tan peligrosas para la estabilidad de los intereses americanos en Europa como fue la revolución de los claveles en Portugal. Se trataba por tanto de proclamar las bondades de una política de entendimiento, de una reforma, en definitiva, que para que llegara a buen puerto, debería arrancar desde las entrañas del propio régimen e ir, posteriormente, sumando a los sectores moderados de la oposición. Como tendremos oportunidad de observar, los editorialistas del *New York Times* anunciaron la incapacidad tanto de Carrero como de Arias Navarro para encauzar ese proyecto reformista y no tardaron en presentar al Rey como ese piloto del cambio que tan imperiosamente necesitaba España. La pronta caracterización de Juan Carlos I como un hombre clave para el futuro del país resultó muy útil al nuevo monarca para presentar ante los ciudadanos españoles unos credenciales democráticos que, en último extremo, provenían preferentemente del exterior. No pretendemos afirmar, ni mucho menos, que el programa reformista sea meramente un constructo ajeno a las élites españolas pero lo que podemos sostener, de forma tajante, es que ciertos medios de comunicación internacionales fueron la caja de resonancia idónea para muchas de estas argumentaciones. Nada mejor para ilustrar este razonamiento que descender al nivel de los hechos y, acompañados de los textos del *Times*, valorar si realmente hubo, o no, en sus páginas una apuesta abierta y clara por un cambio sereno y progresivo.

1. La crisis final del franquismo más allá del océano.

La década de los sesenta, marcada por el intenso desarrollo económico, el aumento de la conflictividad social y la reconfiguración legal e institucional del Régimen, en pos de un

“lavado de cara” que permitiera su perpetuación tras la muerte de su *alma mater*, iba a finalizar con la definitiva designación de Juan Carlos de Borbón como sucesor “a título de rey” así como con una profunda crisis gubernamental. Ambos hechos están íntimamente relacionados con el declive físico del dictador ya que, posiblemente, un Franco en plenas facultades hubiera dilatado aún más la elección de su “descendiente político” y hubiera impedido que las rencillas políticas entre las distintas familias del régimen salieran a la luz pública de una manera tan descarnada. Pero a la altura de 1969 ya no era posible ignorar que la sociedad española no era la misma que había salido de la cruenta guerra civil y entre las clases dirigentes comenzaba a cundir la sensación de que el otrora sólido sistema estaba mostrando serias fisuras³.

Desde Estados Unidos se contemplaba con profunda preocupación la decadencia física del general Franco y la progresiva polarización del sistema político español. Intranquilo por lo pudiera acontecer una vez que falleciera el dictador, Nixon encomendó al teniente general Vernon Walters, que ocupaba por entonces el puesto de agregado militar norteamericano en París, la difícil misión de entrevistarse con el caudillo e interrogarle sobre cuál iba a ser el futuro próximo de España. El encuentro finalmente tuvo lugar en febrero de 1971 y el militar estadounidense ha dejado constancia de lo sucedido en el mismo en su libro *Silent missions*⁴. Es significativo que esta entrevista se produzca poco después de la visita de los príncipes de España a Washington y es que, el propio Walters –cuya imagen está íntimamente ligada a la historia reciente de España por ser el risueño personaje que observa el fraternal abrazo de Franco con Eisenhower durante la visita del alto mandatario americano – afirma que Juan Carlos había dejado una inmejorable impresión en la Casa Blanca. Parece claro que al otro lado del océano el futuro envite por aquel designado a título de rey empezaba a cobrar forma⁵. Sin embargo, Franco no estaba dispuesto a abandonar el poder hasta que se produjera lo que los más cautos habían bautizado pomposamente como “la solución biológica”. No obstante, los primeros años de la década de los 70 fueron muy duros para la dictadura ya que los problemas políticos y sociales, que acosaban al régimen desde la formación del Gobierno “monocolor” de 1969, lejos de estar en vías de solución parecían exacerbarse con el paso de los meses. Cada vez quedaba más patente la inoperancia del dictador cuyo deterioro físico era

³ Esta creciente inestabilidad queda patente en la obra de YSÁS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004.

⁴ WALTERS, V.: *Silent missions*, New York: Doubleday, 1978, pp. 551-557.

⁵ LEMUS, E.: «Los Estados Unidos y la imagen de la situación española en vísperas de la transición política» en *Historia del presente*, nº 11 (2008).

ya difícilmente disimulable. La muestra más patente de la precariedad política del régimen será la insólita manifestación de corte ultraderechista que precipitará en mayo de 1973 la salida de Tomás Garicaño Goñi de la cartera de Gobernación. El *New York Times* dará amplia cobertura a estos sucesos, destacando los fuertes insultos proferidos por la turba contra el Cardenal Tarancón que dejaban entrever como se agudizaba la profunda división existente en la España del tardo-franquismo⁶. El nombramiento de Luis Carrero Blanco como nuevo Presidente de Gobierno es interpretado por los redactores del *Times* como un inequívoco giro hacia la derecha que imposibilitaba cualquier tipo de evolución y garantizaba la continuación de la intensa política represiva desplegada hasta el momento⁷. La presencia del Almirante amenazaba, según este editorial, con complicar el proceso de transición que se abriría a la muerte de Franco pues su carácter inflexible y su obtuso credo político no parecían los más propicios para los tiempos transaccionales que se avecinaban⁸.

El *New York Times* se afanará – sobre todo gracias al sobresaliente trabajo de campo de su corresponsal Henry Giniger – por mostrar a sus lectores los múltiples problemas que desde múltiples frentes asediaban a la dictadura, a la vez que criticaba abiertamente algunos aspectos de la política exterior norteamericana respecto a España y al resto de regímenes europeos homólogos⁹. Para nuestro análisis el interés de estos artículos radica en que nos permiten comprobar como la ausencia de libertades sumaba día a día nuevos sectores críticos

⁶ *The New York Times* (a partir de ahora NYT): “5000 rightist stage anti-cabinet protest in Madrid”, 8-5-73, p. 3.

⁷ NYT: “Spain’s rightward swing”, 12-6-1973, p. 44.

⁸ El perfil de Carrero trazado el *New York Times* no es demasiado favorecedor (NYT: “Franco’s Premier. Luis Carrero Blanco”, 9-6-73, p. 69). Es presentado como un hombre gris y extremadamente conservador, con un físico parecido al de Leonidas Brezhnev –esta comparación seguro que hubiera horripilado al almirante– y que cuando no llevaba uniforme solía aparecer vestido de una forma sombría y circunspecta (*somberly dressed and unsmiling*). Se reconoce no obstante su eficiencia en la labor de consejero y su profunda meticulosidad, siendo mérito suyo la introducción de elementos tecnocráticos en los sucesivos gobiernos desde la década de los cincuenta. Su misión al frente del nuevo gabinete sería sin duda la de mantener el orden a cualquier precio, sin contemplaciones, advirtiendo que las fuerzas armadas no consentirían ninguna clase de reto. Con todo, probablemente lo más llamativo de la semblanza es el comentario que realiza al final de la misma acerca de la relación entre Carrero y el príncipe Juan Carlos: “With Prince Juan Carlos already designated as the future Chief of State, Admiral Carrero Blanco’s function seems to be to provide transition to the Post-franco era. The Prince is widely believed to have an intense dislike for the Admiral, but he is powerless to change the situation, at least while General Franco is alive”. Desconozco la fuente de la que el redactor del *Times* extrajo esta información, pero no parece corresponderse con la concepción imperante en la historiografía española sobre las relaciones entre Carrero y D. Juan Carlos.

⁹ A mediados de agosto de 1973 se va a levantar cierto revuelo cuando salga a la luz la venta a la dictadura franquista de ocho aviones de combate de fabricación británica, operación que iba a realizar los Estados Unidos en virtud de los acuerdos militares hispano-norteamericanos. El *New York Times* ofrecerá su opinión al respecto en un duro editorial que critica la operación de venta –que califican como de blanqueo (*launder*) de material militar inglés– y, sobre todo, la actitud del gobierno norteamericano hacia nuestro país sobre todo a raíz de la firma del último pacto de cooperación en 1970 en el que se recurrió nuevamente a la fórmula del acuerdo ejecutivo para evitar su discusión y eventual aprobación o rechazo por la cámara de representantes de los Estados Unidos (NYT: “Laundered jets”, 21-8-1973, p. 32).

con el franquismo¹⁰. A la altura de 1973 parecía existir un amplio consenso –o al menos esto es lo que se intenta transmitir desde las páginas del periódico– en que la dictadura se había convertido en un obstáculo y que era necesario acelerar la transición hacia posturas más liberales¹¹. Es importante retener esta última concepción pues, por ahora, en los despachos de Times Square no se menciona el término democracia, tardando aún meses en hacer aparición.

2. El asesinato de Carrero Blanco y el nombramiento de Arias Navarro

A principios de diciembre de 1973 Henry Kissinger va a iniciar una gira por Europa y Oriente Medio durante la que tiene previsto pasar por España para conocer de primera mano cuales eran los proyectos de futuro del Gobierno presidido por Carrero que se encontraba, como hemos apuntando, asediado desde distintos frentes y cuya única reacción había sido enrocarse aún más en posiciones inmovilistas¹². La reunión de Carrero Blanco con Kissinger va a tener un especial significado ya que pasará a la historia como el último acto oficial del Almirante, que será asesinado por ETA al día siguiente. El *Times* abrirá su portada con una extensa referencia al suceso, siendo lo más destacable del cuerpo del artículo la consideración de que el finado era la pieza clave para el continuismo y que con su muerte quedaba dibujado un panorama de futuro más incierto para aquellos que pretendían asegurar un “franquismo sin Franco” a la par que parecía dejar expedito el camino para una liberalización bajo el mandato

¹⁰ Los últimos en llegar serán amplios sectores empresariales descontentos con la imposibilidad de acceder al mercado abierto de la CEE, al margen de una Iglesia que poco a poco iniciaba un titubeante proceso de desenganche del Régimen para presentarse como una comunidad amplia y plural en cuyo interior cohabitaban diferentes sensibilidades políticas y sociales. De esta nueva situación da cuenta puntualmente el rotativo neoyorquino: *NYT*: “Spanish Cardinal pushes autonomy”, 13-5-1973, p.21; “Spaniards indignant on E.E.C. trade offer”, 3-7-1973, p. 31; “Bulls gone, Pamplona gets down to business”, 7-8-1973, p. 8; “Arrest of 113 in Barcelona shakes Franco’s opponents”, 4-11-1973, p. 2; “Archbishop speaks out for 113 arrested in Spain”, 14-11-1973, p. 3 y “Barcelona province chief hits back at churchmen”, 17-11-1973, p. 3.

¹¹ A este respecto es elocuente un editorial que vio la luz a mediados del mes de noviembre y que finalizaba con la siguiente frase: “General Franco is striving to insure a peaceful transition of power after his departure. The tragedy is that so many actions of his Government only add to the ranks of its enemies and accelerate the polarization of Spain in such a way as to make peaceful transition far less probable” (*NYT*: “Polarization in Spain” 18-11-1973 p. 38). Si bien es probable, tal y como señala el editorial, que el proyecto de Franco contemplara la posibilidad de una transición pacífica a su muerte, es necesario remarcar que evidentemente ésta no sería a un sistema democrático sino a una suerte de franquismo sin Franco que hiciera buena aquella célebre máxima de “después de Franco, las instituciones”. Esta aspiración va a resultar infructuosa dada la importante labor de la oposición democrática que evitará que el régimen pudiera perpetuarse a su fundador, aunque se mostró igualmente incapaz de forzar la ansiada ruptura.

¹² El *New York Times*, estimaba que el viaje del secretario de estado, tenía por objeto suavizar las relaciones con los aliados naturales de Estados Unidos en Europa tras la tensión provocada por el conflicto árabe-israelí (*NYT*: “Kissinger off Ford Europe and Middle East today”, 8-12-1973, p. 16). Habría que mencionar que la actitud del Gobierno español durante la guerra del Yom Kippur no fue la esperada por los norteamericanos, lo que dificultó el uso de las bases, con el consecuente enojo por parte de la administración Nixon.

de D. Juan Carlos¹³. A esta misma impresión, que se repite en el editorial que publicado a raíz del magnicidio, hay que sumar algunos consejos lanzados desde la redacción del *New York Times* a la Administración Nixon solicitando, por ejemplo, que prime una visión a largo plazo y que el Gobierno evite adquirir compromisos con una dictadura decadente que podrían lastrar gravemente las relaciones hispano-norteamericanas si finalmente se produjese un cambio sustancial en el régimen o en último extremo, tal y como ocurrió, desapareciese.¹⁴

Lógicamente, el inesperado asesinato de Carrero Blanco dejaba para los continuistas un vacío muy difícil de llenar y sumaba aún más confusión a un país donde cada día se hacían más evidentes los problemas laborales y sociales¹⁵. A finales de 1973 España se encontraba “en la encrucijada” como perfectamente ilustraba un nuevo editorial del *New York Times*¹⁶. Pocas veces vamos a encontrarnos con una caracterización más acabada de lo que tendrían que ser los cimientos sobre los que edificar un proyecto reformista que evitara peligrosas derivas izquierdistas de incierto resultado. El mensaje no puede ser más diáfano, lo imprescindible era

¹³ *NYT*: “Spain’s premier is killed as assassins bomb auto; apparent heir to Franco”, 21-12-1973, pp. 1 y 15. Uno de los pasajes en los que se analiza el futuro papel que debería jugar el príncipe de España es profundamente revelador: “With the death of Admiral Carrero Blanco, the future king is now considered to have more room to manoeuvre Spain into forms and practices of government more acceptable to the rest of Western Europe”.

¹⁴ *NYT*: “Assassination in Spain”, 21-12-1973, p. 34. Lo que aquí subyace es una nueva crítica a los acuerdos hispano-norteamericanos firmados en 1970 pues en el editorial se cuestiona la importancia de las bases en suelo español y se critica que el debate sobre la materia fuera sustraído al Senado al no considerarse la fórmula de Tratado. En definitiva, estas instalaciones militares no pueden, en su opinión, ni suponer un aval para la supervivencia del Régimen o su defensa ni deberían condicionar las futuras relaciones entre ambas naciones: “The bases are useful but not vital for American and Western security; and Spain publicly forbade their use for the United States airlift to Israel in the recent conflict. There is some concern that the bases could involve this country in the defense of the Franco regime; the arrangement for them ought to have been submitted as a treaty for Senate approval. Even more important for long-range relations between the two countries, the American bases are fiercely opposed by democratic forces in Spain who may have far greater influence in the post-Franco period”.

¹⁵ *NYT*: “An assassin cuts Franco’s line of succession”, 23-12-1973, p. 107.

¹⁶ Por su enorme trascendencia reproducimos un amplio extracto del mismo: “If Generalissimo Franco had been able to attend the funeral for Spain’s murdered Premier Carrero Blanco he would have witnessed the incredible spectacle of an ultra-rightist mob shouting «Assassin!» at the Cardinal Archbishop of Madrid. This dramatic evidence of the accelerating polarization of Spain provides one measure of the formidable task Admiral Carrero’s successor will have in maintaining political stability and a semblance of national unity, especially after General Franco’s departure. [...] Apart from the church, other forces – also detested by the far right – that will be working for greater moderation and liberalization once Prince Juan Carlos becomes king and head of state [...] include monarchists, Christian Democrats as well as other opposition liberals, an European-minded «technocrats» linked to the Catholic Opus Dei order. If they could act in concert, these groups could wield far greater influence than the disparate forces of the left. [...] It’s probably too late for General Franco at 81 to engineer such a broader coalition of moderates [...] Much will depend on the wisdom and character of Juan Carlos, for whose ear a wide spectrum of voices will contend. The young monarch will certainly be exposed to the argument that Spain’s future lies in Europe – in the European Community certainly, perhaps in the Atlantic Alliance – and that the price of admission is a substantial measure of freedom and democratization. The European allies and the United States must be wary of appearing to apply pressures to Spain at a difficult time. What they can do is stress the benefits and satisfactions all would enjoy if Spain again could assume full and active membership in the Western family” (*NYT*: “Spain at the crossroads”, 24-12-1973, p. 12).

que aquellos sectores críticos con el franquismo procedentes del propio régimen se aseguraran ser los encargados de pilotar la transición hacia una forma de estado más liberal y acorde con el marco geográfico que ocupa España. El líder natural de este conglomerado de fuerzas moderadas tendría que ser el príncipe Juan Carlos, que habrá de sortear con tino los palos que los ultras pondrán en las ruedas del camino hacia el cambio. Además desde el *Times* se realiza una llamativa valoración, son los españoles los que deberán enfrentarse en solitario a todos sus fantasmas, ya que el editorial aconseja a Estados Unidos y a los países de Europa occidental no presionar directamente sino que la acción exterior debería circunscribirse a un apoyo mucho más sutil, remarcando las ventajas que supondría para el país convertirse en uno más del selecto club de países occidentales desarrollados. Convendría retener esta última cuestión pues ponderar la importancia de la intervención de las potencias occidentales en el proceso de transición a la democracia se ha convertido en un sugerente debate historiográfico que continua plenamente vigente¹⁷. Ya tenemos, por tanto, un primer esbozo del itinerario que –según el *New York Times*– tendría que seguir D. Juan Carlos dado que el tiempo de Franco y su proyecto ya se habían agotado. Otra cosa muy distinta es que la empresa pudiera ser fácil y, en opinión del *Times*, el primer gran obstáculo no tardará en hacer aparición. La designación de Arias Navarro como sustituto de Carrero al frente de la Presidencia de Gobierno va a caer como un verdadero jarro de agua fría sobre estas predicciones.

El proceso de selección del sustituto de Carrero al frente de la Jefatura de Gobierno se siguió con verdadero interés desde Nueva York, aunque la opción de Arias Navarro no parecía estar entre las mejor colocadas si tenemos en cuenta que era su responsabilidad directa encargarse de la seguridad del Almirante asesinado. Claro que una importante variable que no se tenía en cuenta era que Arias se había convertido en un asiduo visitante al Palacio del Pardo y que tenía cierto ascendente sobre Carmen Polo y su camarilla. En sendos artículos redactados en los últimos días de diciembre de 1973 el corresponsal Henry Giniger hace referencia a los nombres de aquellos que se consideraban presidenciables, haciendo hincapié en que el clima que se vivía era de palpable incertidumbre ya que, al margen de que se temiera una fuerte ola represiva sobre las provincias vascas, prácticamente todos los candidatos presentaban serias

¹⁷ A este respecto, LEMUS, E.: «Entre la intervención y la supervisión. Las potencias occidentales ante el cambio político peninsular» en QUIROSA-CHEYROUZE, R., *Historia de la transición en España. Los inicios del proceso democratizador*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, así como, POWELL, C. y JIMÉNEZ REDONDO, J. C.: *Del autoritarismo a la democracia. Estudios de política exterior*. Madrid, Silex, 2007.

fallas en sus perfiles que dificultaban su nombramiento¹⁸. Por este motivo la elección de Arias Navarro va a resultar sorprendente tanto para la prensa como para la clase política. Es presentado como un amigo íntimo de la familia Franco y sin filiaciones políticas conocidas salvo su total lealtad a la figura del dictador¹⁹. Con su elección se pretendía dar una sensación de normalidad, de que el engranaje institucional franquista funcionaba correctamente, aunque también se hacía un guiño hacia el inmovilismo pues el nombramiento va a coincidir con las duras sentencias con las que el tribunal de Orden Público ventila el famoso “proceso 1001”. Se cierra de este modo la crisis ministerial abierta por el deceso del anterior Jefe de Gobierno aunque, tal y como veremos a continuación, se trataba de un mero parcheo para una dictadura tan decadente como su titular que mostró nuevamente su decrepitud ante las cámaras en el ya tradicional mensaje de fin de año²⁰.

El *New York Times* inaugura 1974 con un editorial en el que, además de manifestar la sorpresa por el nombramiento de Arias, se interroga si finalmente se producirá en España el tan ansiado cambio de régimen o si estamos ante un mero cambio de piezas para garantizar la continuidad como demuestran las duras sentencias dictadas contra los sindicalistas en el marco del “proceso 1001”. Los editorialistas –que califican gráficamente a Arias con el apelativo de mini-Carrero– estiman que un proyecto meramente continuista, si no lo estaba antes, quedó definitivamente cercenado tras el magnicidio y, si bien ofrecen al nuevo Presidente el beneficio de la duda, son tajantes al afirmar que una transición pacífica se antojaba imposible si no se concedían libertades tan básicas como la de asociación, necesarias para evitar que el movimiento obrero se radicalizase²¹. Estos temores no se disipan cuando se dan a conocer los nombres de los nuevos ministros ya que la sensación que provocan en los círculos norteamericanos es que los elementos más intransigentes de la dictadura han acrecentado su poder²². Para los redactores de la cabecera neoyorquina especializados en

¹⁸ *NYT*: “Spain closes the French border to Basques in hunt for assassins”, 25-12-1973, p. 2 y “Franco moves to choose Premier: several in running”, 29-12-1973, p. 3. Por ejemplo, Arias Navarro había quedado desacreditado, como ya hemos apuntado, por su ineficaz gestión de la seguridad de Carrero, el Almirante Pedro Nieto Antunez “Pedrolo” era demasiado viejo y Fernández Miranda, a la sazón Presidente de Gobierno en funciones, no agradaba a influyentes sectores del régimen por su proximidad a Juan Carlos.

¹⁹ *NYT*: “Franco names Premier with police background”, 30-12-1973, p. 1 y “Spain’s new Premier”, 31-12-1973, p. 3.

²⁰ *NYT*: “Franco says assassination united Spain”, 31-12-1973, p. 3. Giniger comenta que el discurso de Franco se hacía por momentos ininteligible dado su precario estado de salud y remarca que en ningún momento hiciera una referencia al recién nombrado Presidente de Gobierno Arias Navarro.

²¹ *NYT*: “Continuity in Spain?”, 1-1-1974, p. 18.

²² *NYT*: “Spanish changes favor rightist”, 4-1-1974, p. 6. Se ha conformado en opinión del *Times* un gabinete que enfatiza la necesidad de autoridad y orden, un gobierno a la imagen y semejanza de Arias: “politically conservative and strong on authority and order”.

política internacional la situación se podía resumir en una simple ecuación: dado que parecía algo remoto que este gabinete llevara a cabo un proceso liberalizador, todo apuntaba a que las probabilidades de que se produjera una situación de grave inestabilidad política tras la muerte de Franco no hicieran más que aumentar²³.

Las dudas sobre la capacidad de Arias y sus ministros para encarar el reto que suponía ofrecer una respuesta satisfactoria a la manida frase de, ¿después de Franco, qué?, quedarán lejos de resolverse tras la presentación de su programa de gobierno. El proyecto reformista – conocido comúnmente como “el espíritu del 12 de febrero” – será recibido con escepticismo por el *New York Times* aunque juzgaba que cualquier liberalización sería bienvenida, incluso una tan tibia como ésta, muy alejada de los cánones de la democracia occidental²⁴. Además el editorial del *Times* valoraba muy positivamente que el contenido del programa hubiera sido hecho público ya que esto dejaba poco margen para que Arias pudiera dar marcha atrás a sus planes. El dilema era saber hasta que punto estaban los jerarcas del régimen dispuestos a llegar teniendo en cuenta que, en el fondo, todo seguía dependiendo de ellos pues eran quienes decidían que era subversivo y que no y, en definitiva, quien tendría el privilegio de disfrutar de unos derechos más amplios²⁵. Como sabemos la respuesta a este dilema no tardó en llegar y lo hizo en forma de pena de muerte. El dos de marzo, es decir menos de un mes después de que “el espíritu del 12 de febrero” irrumpiera en la vida de los españoles, el joven anarquista Salvador Puig Antich es ejecutado mediante el brutal método del garrote vil, a pesar de los múltiples llamamientos que el Gobierno franquista recibió tanto en el interior como desde el exterior²⁶. La apertura mostraba su peor cara y el proyecto de Arias nacía muerto antes de comenzar a ser aplicado. Para complicar aún más las cosas, el Gobierno de Arias acababa de abrir un nuevo frente con la jerarquía eclesiástica al intentar expulsar al obispo de Bilbao, Monseñor Antonio Añoveros, que había exigido en una homilía mayor libertad para el pueblo vasco lo que llevó a las autoridades a decretar su arresto domiciliario, arguyendo motivos de seguridad²⁷. Las cosas no podían empezar peor para el gabinete encabezado por Arias

²³ *NYT*: “Narrow base in Spain”, 6-1-1974, p. 24.

²⁴ *NYT*: “Leavening in Spain?”, 18-2-1974, p. 24.

²⁵ Como indica el expresivo título de un breve artículo del *Times* sobre España, tras el discurso de Arias quedaban muchas cosas aún por decir: “«Liberal» speech in Spain: a lot was left unsaid” (17-2-1974, p. 218).

²⁶ Henry Giniger estima que en la decisión del Gobierno de llevar adelante la pena máxima pesó mucho la presión de la policía, del ejército y de los grupos ultras que habían recibido con desagrado el discurso aperturista de Arias (*NYT*: “A Spanish anarchist, 26, is executed by garroting”, 3-3-1974, pp. 1 y 16).

²⁷ El *Times* va a demostrar gran interés por esta cuestión, cubriendo prácticamente día a día la situación que atravesaba Añoveros: *NYT*: “Spanish bishop ask basque freedoms”, 25-2-1974, p. 3; “Spain said to hold bishop who urged basque freedom”, 28-2-1974, p. 11 y “Spain and Vatican silent over bishop”, 1-3-1974, p. 5.

Navarro y el *New York Times* no duda en calificar este último rosario de hechos como un clarísimo retorno al pasado que complicaba seriamente las perspectivas de la cada vez más cercana España postfranquista²⁸.

El interés por la política interior española va a verse completamente mediatizado cuando, a partir de mediados de marzo de 1974, la crisis de las colonias portuguesas deje también al descubierto la podredumbre interna que aquejaba al otro régimen autoritario ibérico. Estas primeras llamadas de atención fueron inmediatamente captadas por el *Times* intuyendo que las corrosivas declaraciones del general Spínola respecto a la guerra colonial y el abierto enfrentamiento entre el Gobierno Arias y la jerarquía eclesiástica eran una muestra patente del errático rumbo de ambos países que veían con horror la pérdida de apoyos en aquellas instituciones que otrora habían sido su principal sustento²⁹. La situación era incierta pero lo que hizo saltar todas las alarmas – tanto en España como en los Estados Unidos – fue el golpe militar en Portugal y su posterior evolución, que supuso un auténtico jarro de agua fría para aquellos que apostaban por un “franquismo sin Franco”, a la vez que se convirtió en un símbolo para la oposición al régimen³⁰. A raíz de la revolución de los claveles muchos de los cálculos norteamericanos respecto a la transición española tuvieron que ser cuanto menos reactualizados si no reelaborados en su totalidad. No era para menos ya que los rectores de la política exterior norteamericana no tardaron en comprender que el Mediterráneo podía convertirse en un hervidero que hiciera peligrar la política de seguridad forjada por los Estados Unidos, tal y como advertía un enjundioso editorial del *New York Times*³¹. Sin bien el análisis del Departamento de Estado con el del rotativo neoyorquino tenían un claro punto en común – ambos reconocían que el golpe de estado portugués necesariamente habría de tener consecuencias para la política hacia España– divergía llamativamente acerca de los derroteros por los que deberían discurrir las nuevas relaciones hispano-norteamericanas. El *Times* pensaba que era el momento propicio para apoyar abiertamente un proceso reformista en España y conjurar de este modo el peligro que supondría un movimiento rupturista a la muerte de Franco³². Sin embargo, Kissinger parece más preocupado por el presente que por el

²⁸ *NYT*: “Retgression in Spain”, 4-3-1974, p. 28.

²⁹ *NYT*: “Convulsions in Iberia”, 17-3-1974, p. 212.

³⁰ *NYT*: “Military leaders pledges elections in year”, 27-4-1974, pp. 1 y 3.

³¹ *NYT*: “Tremors from Lisbon...”, 28-4-1974, p. 23.

³² C. L. Sulzberger en su influyente columna sobre política exterior hace la siguiente advertencia a los altos mandatarios norteamericanos: “The United States should have learned from Portuguese events about the danger accompanying too close an association with regimes not based on popular support. Washington has never adequately mastered the diplomatic rule of staying in with the outs; so when the outs take over, especially when

futuro – por muy cercano que este pudiera aparecer – y tanto el golpe de Estado en Portugal como la difícil derivada del régimen de los Coroneles en Grecia van a convertirse en un factor dinamizador de las relaciones hispano-norteamericanas pues los Estados Unidos no podían permitirse el lujo de prescindir de sus bases en España, país que había aumentado de pronto su valor estratégico³³. La *realpolitik* impulsada por el Secretario de Estado será duramente criticada desde las páginas del *New York Times* como tendremos oportunidad de observar más adelante.

Por descontado también la ciudadanía española va a observar con preocupación e interés lo que ocurría en el país vecino extrayendo cada cual sus propias conclusiones³⁴. Para los inmovilistas era la mejor prueba de que había que frenar cualquier tipo de apertura, por su parte, los reformistas tomaron buena nota de lo que podría suceder si no se introducían cambios paulatinos de entidad, mientras que la oposición veía con alborozo como un régimen homólogo al franquista implosionaba de manera pacífica³⁵. Este inusitado interés por la realidad lusa va a verse pronto mitigado cuando se haga pública la afección circulatoria del general Franco que le obligará a ser ingresado. La enfermedad de Franco va casualmente a coincidir con una visita de Kissinger a Madrid en lo que lo muchos interpretaron como un

they are more numerous than the ins, America suffers. [...] What may prove to be reality for both Greece and Spain, for so long neglected by the liberal governments of the West, is that when present restrictive bonds are cast off, the illegal, banned and underground Communist party will in each of them – as already in Portugal – emerge as the largest and best organized political party on the scene” (*NYT*: “Portugal, Spain and Greece”, 8-6-1974, p. 31). El consejo parece claro, está bien mantener los lazos con los gobiernos autoritarios pero en ningún caso descuidar a la oposición y menos tras el ejemplo que en Portugal estaba dando el pro-soviético Cunhal. El corolario parece evidente: es necesario cortejar a aquellos opositores moderados que puedan frenar un eventual ascenso vertiginoso del movimiento comunista. Y es en aquellos momentos la visión que se tenía de los Estados Unidos entre los opositores al régimen era bastante negativa pues los consideraban como un soporte del autoritarismo, tal y como expresa Tom Wicker en su artículo “the land on the free”, en el que un joven español muy implicado en la lucha anti-franquista confiesa su temor a que la potencia norteamericana frustre la posible democratización de España, ejemplificando sus palabras con lo sucedido en Chile con Allende (*NYT*: “The land of the free”, 14-6-1974, p. 33). Estas reticencias hacia el papel jugado por los Estados Unidos en las dictaduras ibéricas harán que, por ejemplo, cuando el socialista Mario Soares sea nombrado ministro de exteriores luso deposite toda su confianza en Europa – especialmente en el alemán occidental Willy Brandt y en el británico Harold Wilson – y mantenga las distancias con el Departamento de Estado. Los periodistas del *New York Times* están por tanto aconsejando a su gobierno que no descuide las relaciones con la oposición y que se sepulte cuanto antes esa imagen de los Estados Unidos como un aliado para los dictadores.

³³ Véase POWELL, C.: «Henry Kissinger y España, de la dictadura a la democracia (1969-1977) en *Historia y política*. n° 17 (2007), pp.227-229.

³⁴ *NYT*: “Coup’s echo in Spain”, 11-5-1974 p. 6

³⁵ *NYT*: “Spain eyes Portugal”, 22-5-1974, p. 42. Los editorialistas del *Times*, que sostienen que España se encuentra ante su dilema más comprometido desde el final de la segunda Guerra Mundial – apertura o inmovilismo –, juzgan que si en Portugal llegara a triunfar un régimen de libertades la presión sobre la dictadura franquista sería insostenible.

nuevo empujón para una dictadura en plena decadencia³⁶. El Secretario de Estado arribó a España con la intención de estampar su firma en una declaración conjunta que pretendía poner negro sobre blanco la contribución española a la defensa de occidente y que podría considerarse como un remedo de segunda categoría a la declaración de principios de la OTAN, firmada el mes anterior por Nixon en Bruselas³⁷. En el fondo, era un primer paso para iniciar las negociaciones conducentes a la renovación del acuerdo de amistad y colaboración hispano-norteamericano que vencía en 1975. La firma definitiva de esta declaración bilateral va ser un acto cargado de simbolismo ya que será D. Juan Carlos quien la rubrique dado que Franco acababa de delegar en el príncipe sus atribuciones como Jefe del Estado ante la gravedad de su dolencia. El *New York Times* parece convencido de que la transferencia de poderes va a resultar definitiva y analiza con detenimiento la normativa legal en la que el dictador se ha apoyado para esta cesión, así como las nuevas funciones de D. Juan Carlos, que hasta ahora había estado limitado a jugar un papel meramente ceremonial³⁸. La semblanza que se traza del príncipe desde la “Gran Manzana” no es demasiado halagüeña pues si bien apunta a ciertas inclinaciones democráticas – deslizadas durante conversaciones privadas – en su perfil parece primar más la clásica visión de un hombre gris, taciturno y más preocupado por los deportes que por la política³⁹. Una incógnita, en definitiva, cuya condición de rey por designación directa del dictador le presentaba un grave problema de legitimidad.

A comienzos de septiembre de 1974 el *New York Times* muestra una vez más su profundo interés por el devenir político de nuestro país al que le dedica un extenso y bien documentado reportaje, salpimentado con varias fotografías de la época, que lleva la firma de David Holden, corresponsal en España del londinense *The Sunday Times*⁴⁰. El reportero británico reconstruye en su artículo la sensación de desasosiego que se palpaba en España ante el incierto futuro político de un país que detrás de la imagen de normalidad que pretendía ofrecer la dictadura escondía una realidad muy diferente y, sobre todo, mucho más compleja. Holden va desgranando uno a uno los temas más candentes de la actualidad española que iban desde el fortalecimiento de la oposición y por ende de la represión de la misma – se habla de 767

³⁶ Así lo verá, por ejemplo, la influyente periodista Flora Lewis: *NYT*: “Kissinger, in Spain, initials statement of cooperation”, 10-7-1974, p. 2.

³⁷ Como recoge Giniger: “the statement also went far to gratify Spanish aspirations for recognition, saying Spain had played «an important role» in the defense of the West and the maintenance of peace «in the Atlantic and Mediterranean zones» (*NYT*: “Kissinger, in Spain, initials statement of cooperation”, 10-7-1974, p. 2.).

³⁸ *NYT*: “Franco delegates powers as ruler to Juan Carlos”, pp. 1 y 3.

³⁹ *NYT*: “Spain’s King-designate in power”, 20-7-1974, p. 3.

⁴⁰ *NYT*: “The waning reign in Spain” 1-9-1974 pp. 9, 20 y 172.

detenidos por motivos políticos en los cinco primeros meses de 1974– pasando por los cambios sociales, que producían evidentes contradicciones internas, o el papel del ejército y la mentalidad de los jóvenes oficiales. Igualmente, hace referencia al difícil papel encomendado a D. Juan Carlos –al que califica como “*a poodle prince*”, textualmente un “príncipe caniche”, es decir, un príncipe inferior, disminuido, de poca monta en último término– ya que su misión es dirigir una transición de la que se desconoce aún el rumbo que ha de tomar y en cuyo camino se va a encontrar con múltiples y contradictorias presiones⁴¹.

Contra todo pronóstico, el dictador va a reclamar de nuevo los poderes que había traspasado al príncipe de España, poniendo fin a un interregno juancarlista que, en opinión del corresponsal del *New York Times* en nuestro país, no había servido para disipar totalmente las dudas sobre sus intenciones para el futuro y su grado de compromiso con el reformismo⁴². Efectivamente, el futuro monarca no tuvo por tanto más alternativa que retornar a un segundo plano y esperar pacientemente a que volviera a llegar su turno, aunque si algo había aprendido de esta experiencia es que ya nunca más aceptaría acceder de modo provisional a la Jefatura del Estado, *aut Caesar aut nihil*.

Tras un año plagado de idas y venidas políticas –incluyendo el fracasado aperturismo que acababa de escenificar en diciembre su falta de hondura con una descafeinada y nada operativa ley de asociaciones políticas– la conclusión a la que llegan los editorialistas del *New York Times* es que al final de 1974 España era, más que nunca, una bomba de relojería a punto de estallar⁴³. En su opinión, el empecinamiento del régimen en el implacable uso de la represión como única respuesta a las críticas no hizo más que enajenar los escasos apoyos que le quedaban, dificultado profundamente la posibilidad de una transición pacífica y dejando muy poco margen de maniobra a los sectores reformistas que aspiraban a evitar la ruptura.

3. El año que murió Franco

1975 va a pasar a la historia por ser el año en que el fallecimiento de Franco ponga fin a uno de los periodos más oscuros de la historia reciente de España, que sumió al país en una largísimo túnel de casi cuatro décadas de duración. El estudio de los artículos publicados en el *New York Times* demuestra fehacientemente que se trata de un año clave para la historia española ya que va a ser entonces cuando se concentre un mayor número de noticias

⁴¹ *NYT*: “The waning reign in Spain”, 1-9-1974, p. 9 y 20.

⁴² *NYT*: “Franco resumes his role as chief”, 3-9-1974, p. 13 y “Franco back in power”, 3-9-1974, p. 1.

⁴³ *NYT*: “Spain’s ticking bomb”, 22-12-1974, p. 154.

referentes a nuestro país (dentro, lógicamente, del intervalo cronológico analizado en esta comunicación, es decir, 1973-1975).

Ya en enero Henry Giniger compara la situación de España y de Portugal para concluir que en la Península Ibérica estaba inmersa en sendos procesos de transición pero cada uno con sus peculiaridades⁴⁴. El enviado norteamericano otorga mucha importancia al factor económico pues, en su opinión, los conservadores “más inteligentes” –los reformistas *sensu lato*– consideran menos nociva una reforma controlada que arriesgarse a un estallido revolucionario que ponga en cuestión el propio sistema capitalista. No cabe duda de que el régimen se había convertido en un obstáculo para los empresarios y en un enemigo a batir para los trabajadores, que veían al estado como un elemento represor, causa de todos sus problemas económicos y sociales, y cuyo sindicato vertical no representaba en absoluto las peticiones reales de los obreros. Esta situación va a provocar que las movilizaciones se sucedan y que España viva a comienzos de 1975 una intensa ola de agitación laboral que no tardará en politizarse⁴⁵. Esto obliga a que cuando se cumpla el primer año en el gobierno del gabinete Arias, éste se encuentre más ocupado en labores represivas que en promover la tan ansiada reforma que se hallaba completamente empantanada. Como concluyen los redactores del *New York Times*, el régimen franquista estaba mostrando inequívocos signos de agotamiento, aunque estiman que dadas las características del ejército español parecía inviable un movimiento de los oficiales semejante al ocurrido en Portugal. Aunque en principio se descarte, me parece significativo la mención del ejemplo luso ya que puede interpretarse como un síntoma de la creciente preocupación existente en el seno Departamento de Estado por la situación de la Península Ibérica, llegando incluso a barajarse una posible “portugalización” de la situación española⁴⁶. Kissinger, quien en cierto modo aplicaba la antigua teoría del dominó a la zona mediterránea,

⁴⁴ NYT: “For Iberians, throes of transition”, 26-1-1975, p. 173.

⁴⁵ NYT: “Spain is shaken by labor unrest”, 2-2-1975, p. 6; “Spain shuts down University schools”, 9-2-1975, p. 9; “Madrid battles growing unrest”, 14-2-1974, p. 8; “wave of protests mounting in Spain”, 23-2-1975, p. 2. El artículo más completo al respecto es la crónica enviada por Henry Giniger a comienzos de marzo que analiza uno por uno los problemas de la dictadura y en el que comenta que muchas personas anteriormente apáticas han tomado conciencia de la necesidad de un cambio y lo trasladan a la calle a través de diversas protestas. (NYT: “Franco’s Government is losing its grip on the Spanish people”, 3-3-1975, p. 14).

⁴⁶ Las referencias a la deriva revolucionaria portuguesa van a ser constantes durante estos meses, sobre todo a raíz del fallido golpe de estado rectificador del 11 de marzo que provocó la huida de Spínola y sus más estrechos colaboradores. Por ejemplo, NYT: “Moscow denies that it seeks navy base on Portugal’s coast”, 5-2-1975, p. 12; “Portugal’s Communists”, 17-2-1975, p. 20; “Lisbon says it foiled coup after attack on loyal unit”, 12-3-1975, pp. 1 y 2; “Lisbon rule is tightened by leftists after attack”, 13-3-1975, pp. 1 y 18; “Spinola is granted asylum by Brazil”, 16-3-1975, p. 12; “Lisbon coup role by Spinola denied”, 19-3-1975, p. 6; “Spinola may have aided left with coup attempt”, 16-3-1975, pp. 1 y 11; “Portuguese regime bans 3 parties from elections”, 19-3-1975, pp. 1 y 7; “Lisbon reds seeks to oust centrist from coalition”, 21-3-1975, p. 3; “Red gains in Portugal upsetting leftist group in rest of Europe”, 22-3-1975, p. 3.

no dudó en acelerar las negociaciones bilaterales con España para asegurar que el inevitable proceso de cambio que se iba a producir en el país no escapara a su control y tomara los derroteros revolucionarios del país vecino. El gran problema para este acercamiento era el total descrédito del Gobierno de Arias Navarro, que había llevado una errática conducta basada en anunciar cambios espectaculares y finalmente introducir ligerísimas modificaciones que provocaban el descontento tanto de reformistas como de inmovilistas, a la par que fortalecía las intenciones rupturistas de la oposición democrática⁴⁷. Con un panorama tan poco alentador no parece extraño que a la altura de marzo de 1975 los editorialistas del *Times* consideraran que España estaba políticamente a la deriva, en una encrucijada que podía condenarla a seguir los pasos de Portugal si no se procedía de modo decidido a introducir reformas de entidad⁴⁸.

Este tipo de informaciones eran las que tenían a Henry Kissinger totalmente obsesionado con la situación de la Península Ibérica y las que le empujarán a convencer a Gerald Ford de la necesidad de visitar Madrid en mayo de 1975 para desbrozar la difícil senda que estaban transitando la comisión negociadora del acuerdo de las bases, a pesar de ser consciente de que este viaje sería muy impopular tanto para los gobiernos de Europa occidental como evidentemente para los opositores al régimen que consideraban un nuevo “abrazo americano” a una dictadura decadente⁴⁹. El *Times* va a presentar el *tour* europeo de Ford como un intento de la administración americana de estrechar los lazos con Italia y España, países ambos clave para la política defensiva estadounidense en el Mediterráneo⁵⁰. Antes de que el Presidente

⁴⁷ Incluso un año después de su discurso del 12 de febrero, que se había transformado en una auténtica pantomima, el Presidente de Gobierno español seguirá lanzando globos sonda acerca de los límites de una reforma que no acababa de arrancar, llegando incluso al extremo de anunciar que los socialistas o los cristiano-demócratas podrían sumarse al marco de las asociaciones políticas. (NYT: “Spain’s premier says socialists could play a role in politics”, 20-2-1975, p. 5). Este tipo de declaraciones muestra el grado de confusión política existente durante el mandato de Arias.

⁴⁸ ⁴⁸ NYT: “Spain adrift”, 13-3-1975, p. 38.

⁴⁹ Charles Powell recoge las quejas que el flamante embajador norteamericano en Madrid Wells Stabler realizó al conocer los planes de Ford a España arguyendo que no parecía demasiado inteligente comprometerse de un modo tan claro con un régimen que parecía tener las horas contadas y, menos aún, dar completamente la espalda a la oposición democrática (“Henry Kissinger y...”, *op.cit.* pp. 240-241). Los argumentos de Ford, o mejor dicho de Kissinger en boca del Presidente estadounidense, eran que las bases españolas bien “valían una misa”.

⁵⁰ NYT: “Ford plans to visit Spain and Italy to bolster ties”, 3-5-1975, p. 65. Recordemos que aunque la prensa norteamericana no lo reflejara de un modo explícito y con información en tiempo real, las conversaciones bilaterales entre España y Estados Unidos para renovar el acuerdo de amistad y cooperación seguían produciéndose, como demuestra la pregunta de un periodista a Kissinger sobre la posibilidad de que el gobierno franquista pusiera como condición la retirada de la base de Torrejón de Ardoz, extremo que el Secretario de Estado niega tajantemente (NYT: “Ford and Kissinger warn Cambodia will fall soon if Congress denies funds”, 26-2-1975, pp. 1 y 8). Durante 1975 se va a reavivar en los medios de comunicación el debate sobre la necesidad de este tipo de instalaciones militares que Estados Unidos tenía diseminadas alrededor del mundo (NYT: “The U.S. may have to discuss some bases” (4-5-1975, p. 214).

norteamericano aterrizara en Madrid los Estados Unidos mantendrán diferentes conversaciones con líderes europeos con el objetivo de convencerles de la conveniencia de acercar a España al marco de la OTAN⁵¹. El *New York Times* ofrecerá su propia visión del asunto en un concienzudo editorial donde advierte a Ford y sus asesores de que no parecía sensato hipotecar las futuras relaciones hispano-norteamericanas a pesar de que la importancia de las bases hispanas se hubiera incrementado en los últimos meses⁵². En opinión del periódico, habría que dejar claro a las autoridades españolas que mientras continuara la represión gubernamental, España tendría vetado el acceso tanto a la OTAN como a la CEE, y que cualquier acción estadounidense que supusiera insuflar aire al agonizante régimen franquista sería interpretada como una ofensa directa a la oposición democrática moderada y, por ende, dificultaría tremendamente un cambio tranquilo y sin riesgos a la muerte de Franco. A pesar de estos poderosos argumentos, Gerald Ford va a seguir adelante con su política contemporizadora con la dictadura y se desplazará a Madrid a finales de mayo, actuación duramente reprobada por el Times que no dudó en calificar la visita de inmenso dislate⁵³.

En nuestra opinión, más importante que la propia crónica del viaje –en la que se narra los pasos seguidos por el Presidente norteamericano, el caluroso recibimiento por parte de los jerarcas del régimen, las críticas de la oposición y finalmente las dificultades para lograr un nuevo acuerdo de las bases dadas las altas pretensiones españolas– va a ser el resumen que Henry Giniger haga de la visita⁵⁴. El corresponsal del *Times*, que resta importancia a las entrevistas de Ford y Kissinger con Franco y Arias Navarro, estima que lo fundamental fue la posibilidad de que el Presidente estadounidense y D. Juan Carlos pudieran conocerse en persona y conversar largo y tendido ya que la figura del futuro monarca cobró unas nuevas

⁵¹ Los militares norteamericanos eran conscientes de que su eventual entrada en la organización atlántica resolvería muchos de los problemas que se habían puesto sobre el tapete durante las negociaciones para el mantenimiento de las bases militares en nuestro país y el Pentágono presionará a Ford en esta dirección, a pesar de saber que sus aliados eran muy reticentes a estrechar los lazos con la dictadura y mucho menos permitirían que el régimen franquista aspirase a ser miembro de pleno derecho (*NYT*: “Long Term plans of NATO are extended” 24-5-1975 p. 3 y “The pressures on Ford”, 28-5-1975, p. 41.)

⁵² *NYT*: “Counterproductive”, 28-5-1975, p. 40. En una *op-ed* publicada un par de días más tarde el politólogo Pierre Hassner abunda en los mismos argumentos contenidos en el editorial pero va un paso más allá y directamente afirma que los países de Europa occidental deben ofrecer ayuda moral y económica para ayudar a sus “amigos”, entre los que menciona al gobierno griego y a los socialistas portugueses y españoles (*NYT*: “the dilemmas of flexible containment”, 30-5-1975, p. 31).

⁵³ *NYT*: “...blunder in Spain”, 3-6-1975, p. 32. Aunque la línea editorial del *Times* interprete el viaje de Ford como una equivocación, el periódico respeta exquisitamente la disparidad de opiniones entre sus colaboradores y James Reston no tardará en ofrecer una visión mucho más “realista” del asunto: (*NYT*: Making things ever worse”, 20-6-1976, p. 35 y “The crisis of democracy”, 29-6-1975, p. 163).

⁵⁴ *NYT*: “Ford, in Madrid, is eager to seek new bases pact”, 1-6-1975, pp. 1 y 15

dimensiones a los ojos de los altos mandatarios norteamericanos⁵⁵. El príncipe Juan Carlos ya había sido presentado anteriormente a los lectores del *New York Times* pero nunca antes se había aseverado de tal manera que el futuro de España iba necesariamente a pasar por sus manos y, lo que es más importante, que los Estados Unidos parecían dispuestos a brindarle algún tipo de colaboración en su proyecto modernizador del país. Sorpresivamente, tras el viaje de Ford a Madrid las negociaciones tampoco quedaron totalmente encauzadas pues la postura del Gobierno franquista se hizo incluso más intransigente, con unas peticiones muy por encima del precio que los Estados Unidos estaban dispuestos a pagar⁵⁶. Este encastillamiento de la diplomacia española llevará a la administración republicana a mantener una postura de interesado silencio durante la etapa terminal del franquismo, momento en el que la represión alcanzará su punto más álgido con las últimas condenas a muerte de la dictadura. La actitud del Gobierno norteamericano será criticada por amplios sectores de la sociedad internacional pues, como perfectamente expresa el *Times*, mientras que para el resto de naciones occidentales España aparece como un vestigio del pasado y un régimen proscrito, la potencia estadounidense continúa negociando con la dictadura⁵⁷. De hecho, el Departamento de Estado para justificar su actitud, va a declarar que las ejecuciones de finales del mes de septiembre son asuntos de política interior que no les competen⁵⁸. Los Estados Unidos se habían, de este modo, situado a contrapelo de la postura adoptada por el resto de países occidentales lo que fue aprovechado por el régimen franquista para reafirmar su

⁵⁵ *NYT*: “U.S. looks to prince as key to Spain”, 2-6-1975, p. 2.

⁵⁶ *NYT*: “U.S.-Spanish talks due”, 15-6-1975, p. 27; “U.S. negotiating with Spain”, 18-6-1975, p. 22; “Spanish resistant in talks on U.S. bases”, 20-6-1975, p. 3; “Spain asks for wide arms aid for deal on U.S. use of bases”, 5-7-1975, p. 2.

⁵⁷ El *New York Times*, que va a realizar un seguimiento modélico de la situación provocada por las condenas ofreciendo prácticamente información en tiempo real, transmite la indignación que en Europa occidental producen estos últimos coletazos del franquismo, así como la exaltada reacción del régimen. Únicamente recogeremos aquellas referencias más relevantes: *NYT*: “Spain remains the outcast, of West European Nations”, 8-6-1975, p. 185; “Madrid approves antiterrorist law”, 24-8-1975, p.7; “Spain dooms 2 Basque rebels; Area swept by demonstrations”, 30-8-1975, p. 3; “Spain sentences 3 to death for slaying of policeman”, 13-9-1975, p. 6; “2 Basques are reported killed in battles with Spanish police”, 20-9-1975, p. 9; “Spain reports 57 held as guerrillas”, 21-9-1975, p. 19; “Madrid moves heighten tension”, 22-9-1975, p. 5; “Spain ousts French seeking clemency”, 23-9-1975, p. 4; “Pleas on 11 rebels rejected in Spain”, 26-9-1975, p. 10; “5 of 11 Spanish terrorists must die, Franco decrees”, 27-9-1975, pp. 1 y 13; “Spain is drawing heavy European fire over terrorists’ death sentences” 27-9-1975 p. 14; “5 are executed in Spain despite please in Europe”, 28-9-1975, pp. 1 y 26; “Executions in Spain”, 28-9-1975, p. 186; “6 nations recall envoys from Spain over killings”, 28-8-1975, p. 26; “Spain’s dictatorship is fast losing its grip”, 28-9-1975, p. 186; “Madrid rejects foreign protests”, 1-10-1975, p. 1 y 4; “3 policemen slain as Franco rallies throngs in Madrid”, 2-10-1975, pp. 1 y 6; “Rightist in Madrid stage protest at police funeral”, 3-10-1975, p. 3 y “Hopes for peaceful change wither in Spain”, 3-10-1975, p. 3.

⁵⁸ *NYT*: “U.S. sees «internal matter»”, 30-9-1975, p. 7. Tras acordar los términos sobre los que edificar un nuevo acuerdo bilateral, lo máximo que va a responder un alto diplomático norteamericano a los incesantes reproches por la ausencia de una condena expresa a las ejecuciones será: “we would have preferred that Spain wouldn’t do this” (*NYT*: “Kissinger and Madrid aide confer on U.S. bases pact”, 1-10-1975, p. 5).

postura de firmeza contra cualquier tipo de subversión o presión exterior⁵⁹. Los analistas del *Times* consideran que era un error insuflar oxígeno a la dictadura pues se estaba poniendo en peligro la posibilidad de que se desarrollase un cambio pacífico a la muerte de Franco⁶⁰.

Cuando el día 21 de octubre la salud del dictador parece resentirse definitivamente, todas las miradas estaban puestas en el que sería el nuevo monarca español, cuya labor iba a ser no sólo sustituir al frente del estado español a un hombre que durante casi cuatro décadas había tenido un poder prácticamente omnímodo, sino que debía ganarse ante la oposición democrática la legitimidad que su nombramiento por el dictador parecía negarle. No es de extrañar, por tanto, que los editorialistas del *Times* le auguraran un futuro incierto y plagado de dificultades⁶¹. D. Juan Carlos era perfectamente consciente del reto que se le presentaba y no parece casual que, justo cuando Franco parecía estar encarando sus últimos días de vida, apareciera publicado en el semanario norteamericano *Newsweek* un artículo redactado por Arnaud de Borchgrave basado en varias horas de conversación con el príncipe y que parece confirmar que el proyecto reformista del futuro rey había comenzado a tomar forma muchos meses antes de que se produjera la crisis final del franquismo⁶². El perfil que el *New York Times* traza del nuevo monarca no es demasiado positivo y lo presenta como un hombre taciturno, rozando a veces la frivolidad, y que preferiría estar al timón de su yate que al frente del estado español⁶³. Juan Carlos tendrá que ganarse la aprobación y el respeto de los periodistas norteamericanos a través de sus actos, hecho que se repetirá en otras muchas estratos de la sociedad española. Un editorial del *Times* se encargará de recordarle sus escasos apoyos y le anticipa el tortuoso camino que tendrá que recorrer si no desea que su reinado sea tan corto y desgraciado como el de su cuñado Constantino II de Grecia⁶⁴. A pesar de este tipo de advertencias, la administración Ford, al menos de cara a la opinión pública, no dio muestras de demasiada

⁵⁹ *NYT*: "Spain, rejecting protests, vows major effort to halt terrorism", 4-10-1975, p. 8.

⁶⁰ *NYT*: "Protests on Spain", 3-10-1975, p. 34

⁶¹ *NYT*: "Portent for a King", 25-10-1975, p. 28.

⁶² *NYT*: "Juan Carlos says goal is democracy", 27-10-1975, p. 12.

⁶³ *NYT*: "At the helm in Spain", 31-10-1975, pp. 1 y 11.

⁶⁴ *NYT*: "A prince prospects", 1-11-1975, p. 28. También C. L. Sulzberger dedicará a D. Juan Carlos su columna de opinión en la que afirma que el nuevo monarca aspira a "install a «modern, honest regime that calls things what they are, by their real names». He acknowledges the need for reforms but he is on guard against what he would consider precipitate, unrestricted liberty, that might conceivably lead to anarchy. This is a middle of the road approach. [...] He wants to proceed gradually along the road to reform, hoping to avoid violence by taking increasingly big steps only as the political system evolves. He feels the King is given sufficient authority under the present Constitution to play a quietly active role in guiding reform" ("What kind of Reign?", 1-10-1975, p. 29). Y es que para Sulzberger, el nuevo rey pretende situarse en un punto equidistante entre reaccionarios como José Solís por la derecha y los comunistas por la izquierda. Para el comentarista norteamericano una de las claves va a ser la designación del nuevo jefe de gobierno ya que dependiendo de su personalidad podrá ser posible calcular cual puede ser la hoja de ruta del nuevo soberano.

inquietud por el traspaso de poderes y opinaban que el periodo post-franquista sería relativamente tranquilo⁶⁵. La posición oficial estadounidense –que a la postre va a resultar bastante atinada, dentro de la complejidad de los profundos cambios que se avecinaban– debe ponerse en relación con las crónicas que los reporteros del *New York Times* residentes en el continente europeo enviaba sobre España, destacando sobre todo los estudios realizados por Flora Lewis y, como no, Henry Giniger. La directora de la legación del *Times* en París va a interesarse sobre todo por la disposición de la oposición a aceptar el proceso de reformas que parecía avecinarse con la llegada al poder de D. Juan Carlos. Para Lewis el diseño de la transición va a estar mediatizado tanto por la conflictividad laboral como por el papel que en ella juegue el PCE, al que la reportera norteamericana considera un posible factor destabilizador⁶⁶. Por su parte Giniger cree que la clave va estar en el *tempo*, pues los cambios que estaba reclamando la sociedad española no pueden ser introducidos ni bruscamente ni su aplicación se puede alargar eternamente⁶⁷. Tras tantos años de miedo y silencio los españoles parecen deseosos por poder hablar y actuar con libertad, aunque al mismo tiempo el fantasma de la guerra civil continuaba muy presente en el imaginario colectivo y no cabe duda de tantos años de represión habían provocado que los ciudadanos tuvieran dudas acerca de su propia capacidad para convivir bajo un régimen equiparable a las sociedades occidentales. Todas estas incógnitas, que se tendrán que resolver durante el complejo proceso de transición a la democracia, parecen multiplicarse desde el momento que se conoce el deceso del dictador⁶⁸. Como sostenía Giniger, se abría un difícil camino para el nuevo Rey, quien necesitaba realizar planes a largo plazo pero a la vez actuar con celeridad en muchos de los asuntos que más inquietaban a los españoles⁶⁹.

Todas las dudas parece quedar disipadas tras el decisivo viaje de Juan Carlos I a los Estados Unidos a comienzos de junio de 1976. El monarca se ganó a la clase política norteamericana, a los medios de comunicación y a buena parte de la opinión pública. El viaje tuvo dos grandes consecuencias para el proceso de transición español, había nacido un “rey para la democracia” a ojos de los estadounidenses y Arias Navarro, tras ser definido por el jefe del estado “como un desastre sin paliativos” en una entrevista concedida a la revista *Newsweek*, no tuvo más

⁶⁵ *NYT*: “U.S. sees smooth transition in Spain”, 1-11-1975, p. 13.

⁶⁶ *NYT*: “Foes of Madrid’s rulers are on the rise in labor”, 2-11-1975, p. 3 y “Spain’s key issue: the Communists”, 3-11-1975, p. 22.

⁶⁷ *NYT*: “Spanish, long restricted, are hoping for a new era”, 10-11-1975, pp. 1 y 19.

⁶⁸ *NYT*: “Franco is dead in Madrid at 82”, 20-11-1975, pp. 1 y 35.

⁶⁹ *NYT*: “Rough road for a King”, 21-11-1975, p. 17.

remedio que abandonar el barco y ceder su puesto a un desconocido Adolfo Suárez⁷⁰. La transición española a la democracia estaba aún lejos de completarse pero no cabe duda de que el periplo estadounidense de Juan Carlos había marcado un nuevo rumbo. Quedaría mucho trabajo aún por hacer y muchos puntos oscuros que aún hoy en día sigue provocando resquemor pero la incapacidad de los reformistas para llevar a cabo su proyecto sin tener en cuenta a los rupturistas y viceversa, hará que los españoles añadan una nueva palabra a su acervo cultural: “consenso”.

4. Conclusiones.

Los Estados Unidos, dentro de su política de guerra fría atenuada, observaron con interés y preocupación los acontecimientos que se producían en la Península Ibérica, siendo un claro ejemplo de ello la amplia cobertura que el *New York Times*, uno de los buques insignia de la prensa norteamericana, dio a lo que acaecía en España y Portugal. A los analistas norteamericanos les preocupaba que la conflictividad social pudiera producir un efecto polarizador que deviniera en una radicalización de la realidad política española por lo que no tardaron en comprender que lo más beneficioso para sus intereses sería que se abriera un proceso de reformas graduales que conjurara la posibilidad de un estallido revolucionario de inciertas consecuencias. Juan Carlos I aparecía como la pieza maestra que lograría mantener los cambios dentro de un orden y, por tanto, evitar la ruptura. No se trata de una profecía auto-cumplidora sino que, al menos en lo que a los Estados Unidos se refiere, más que en aparatosas intervenciones directas hemos pensar en una notable labor de supervisión donde el interés radica en ese constante flujo de ideas, de itinerarios y sugerencias que parten, entre otros ámbitos, de la prensa norteamericana. En definitiva, a la luz de los datos manejados en esta comunicación, no creemos descabellado afirmar que durante el tardofranquismo algunas de las batallas más importantes para la política interior española tuvieron los medios de comunicación internacionales como campos de batalla pues desde sus páginas se emitían interesados juicios de valor destinados a generar un clima de opinión proclive al reformismo. En definitiva, uno de los retos que han de plantearse los investigadores de esta etapa es discernir qué porcentaje hubo de improvisación y cuanto de diseño en el arranque de un período de transición que acabó deviniendo en proceso democratizador.

⁷⁰ NYT: “A king for democracy”, 4-6-1976, p. 18.